

## Los recursos indispensables para mantenerse siempre perfecta

que favorece y activa la circulación.

**LA PERMANENTE.**—Pocas mujeres tienen el cabello naturalmente ondulado; la mayoría lo tiene liso, que no conserva fácilmente el marcado. Para domarlos (y poder dejar transcurrir una semana entre una ondulación y otra) ha sido creada la permanente, un tratamiento con un producto especial, que por medio de una reacción química riza los cabellos. Una permanente hecha con cuidado y con buenos productos no debilita la cabellera. La duración de una permanente es de tres a cinco meses, según el ritmo de crecimiento de los cabellos.

**TESIDO.**—Antes tefirse el cabello representaba un riesgo, porque el resultado no era seguro. Hoy, los tintes no son tóxicos y garantizan el éxito. De esta forma, mientras que antes solo se teñían las señoras que lo tenían blanco, hoy se tificen también las jóvenes que desean cambiar de color. Muchos tintes decoloran y tificen en una sola aplicación, pero solo darán una coloración más clara que la natural; para obtener el rubio claro es casi siempre necesario aplicar un decolorante fuerte. Para dar solo reflejos y cubrir algunos cabellos grises, existen «champús» colorantes y lociones de fácil aplicación en casa.



# ILUSION A PRECIO DE DERRIBO

**E**STABA sentado en una cafetería. Miraba su reloj a menudo, con gesto impaciente. Se aburría. Un amigo pasó junto a él.

—Hola, Carlos.

—Hola.

—¿Esperas a alguien?

—A mi mujer. Está en eso de las rebajas.

El recién llegado no pudo contener una exclamación:

—¡Anda! ¡Y también la mía! En enero, ya se sabe...

—Sí. Todos los años la misma historia. Luego vienen cargadas de cosas inútiles.

El amigo agregó algo acerca de la falta de lógica de las mujeres y se marchó. Poco después apareció la esposa del que esperaba.

—¡Dios mío! ¡Qué sofocos!

Depositó sobre la banqueta, a su lado, una respetable cantidad de paquetes y pidió un refresco a la camarera.

—No puedes imaginarte qué gentío. Había hasta guardias para mantener el orden en la cola.

Y agregó, con gesto triunfal:

—Pero he podido comprar todo lo que quería. Los impermeables para los niños, el pijama para ti y la blusa de organza rosa que me estoy queriendo hacer desde el verano. ¡Es una divinidad! ¡Ah! Y también la crema "Juventus". Marta la usa y dice que es un prodigio.

El marido, evidentemente, no compartía su entusiasmo. Es casi natural. Para un cerebro masculino resulta difícil admitir que lo que vale diez duros durante todo el año pueda venderse a cinco en enero, y sobre todo que valga la pena adquirirse a cambio de madrugones, colas interminables y luchas dignas de mejor causa.

Lo que ocurre es que desconocen la verdadera "causa" de esta lucha. No se trata solamente de aprovechar las ocasiones, de hacer que el dinero rinda más. Se trata, en primerísimo lugar, de abrir paso a la ilusión.

A lo largo del año las mujeres vamos acumulando esperanzas delante de los escaparates. "Esa blusa iría maravillosamente con mi traje de chaqueta negro..." "¡Mira! El sombrero que sacaba Doris Day en su última película..." "¿De modo que esa crema hace desaparecer las arrugas?"

Y nos da por creer que si pudiéramos comprarlas todas esas cosas nos convertiríamos de pronto en mujeres elegantes, seductoras, irresistibles.

Quizá nos equivoquemos, pero aun considerando esa posibilidad, nos dejamos mover por la otra, que es más bonita. Claro que, haciendo cuentas, resulta que los preciosos objetos que podrían convertirnos en perfecciones dignas de un "Vogue" no están a nuestro alcance.

Luego, cuando llega enero y los precios, como un globo pinchado por un niño travieso, se desinflan, ¿qué tiene de extraño que nos lancemos a aprovecharlos con el mismo ánimo intrépido conque nos disponíamos a escalar el Kilimanjaro de noche y sin cuerda?

Lo que traemos en brazos después de una demodada lucha, de horas de constancia y nerviosismo, no son unas cuantas cosas inútiles. Son, nada menos, objetos mágicos que tienen el poder de transformarnos en mujeres distintas.

No importa que más tarde comprobemos que el ambicionado sombrero nos sienta como un can-can a un hombro y que la crema no es capaz de borrar la más leve de nuestras arrugas. En el instante de comprarlos nos sentimos como si hubiéramos hecho nuestra lámpara de Aladino, con todas sus maravillosas virtudes a nuestra disposición.

Por eso usted, caballero, cuando vea llegar a su esposa, exhausta y feliz, con los trofeos que ha conseguido en las rebajas de enero, no fuerza el gesto. No diga eso tan feo de "compras que no sirven para nada". La ilusión siempre sirve. Y poder obtenerla, como ahora, "a precios de derribo", es un estupendo negocio.

C. V.-V.



FIN